



CAPÍTULO I

DE COMO CÁNDIDO FUE EDUCADO EN UN HERMOSO CASTILLO
Y DE QUÉ MANERA FUE EXPULSADO DEL MISMO

HABÍA en Westfalia, en el castillo del señor barón de Thunder-ten-tronck, un joven a quien la naturaleza había dotado de hábitos modestos y encantadores. Su rostro dejaba adivinar su alma. Quizá por eso y porque hacía gala de un juicio recto y de un espíritu simple, se le llamaba Cándido. Los viejos criados de la casa sospechaban que era hijo de la hermana del señor barón y de un honesto y bonachón gentilhombre de la vecindad, a quien esta dama no había querido desposar porque el pobre no había podido demostrar en su haber nada más que sesenta y una aldeas, habiendo perdido asimismo el control de su árbol genealógico, por el correr inevitable del tiempo.

El señor barón era uno de los caballeros más poderosos de la Westfalia porque su castillo tenía una puerta

y ventanas. Además, su salón estaba adornado con tapicerías. Todos los perros de sus corrales componían una jauría, en caso de necesidad; sus palafreneros hacían de picadores y el vicario de la aldea era su gran limosnero. Lo llamaban monseñor y todos reían cuando contaba cuentos.

La señora baronesa, que pesaba casi trescientas cincuenta libras, gozaba en toda la vecindad de una gran consideración y hacía los honores de la casa con una dignidad que la hacía aún más respetable. Su hija Cunegunda, de diecisiete años, era coloradota, fresca, gruesa y muy apetecible. El hijo del barón era en un todo digno de su padre. El preceptor Pangloss, oráculo de la casa, daba sus clases y el pequeño Cándido lo escuchaba con una buena fe, acorde con su edad y carácter.

Pangloss enseñaba la metafísica teologocosmolonigología. Probaba admirablemente que no existe efecto sin causa y que en este maravilloso mundo el más bello de los castillos era el del señor barón, y la señora, la mejor baronesa entre mil.

“Está demostrado—decía—que las cosas no pueden suceder de otro modo; porque estando todo hecho para un fin, todo es necesariamente bueno hasta llegar a ese fin. Notad bien que las narices han sido hechas para llevar las gafas; luego, usamos gafas. Las piernas están visiblemente instituidas para ser calzadas y por eso llevamos calzas. Las piedras se han formado para ser talladas y para hacer castillos; monseñor posee un bellísimo castillo; es perfectamente lógico que el mejor barón de la provincia esté magníficamente alojado; por último, los cerdos han sido hechos para ser comidos, y, en consecuencia, comemos cochinito durante todo el año; para terminar, aquellos que dijeron que todo está

bien, se equivocaron; debían haber dicho que todo es perfecto.”

Cándido escuchaba atentamente y creía todo a pies juntillas porque encontraba que la señorita Cunegunda era bellísima, aunque jamás osó manifestárselo. A veces llegaba a la conclusión de que teniendo la dicha de haber nacido barón de Thunder-ten-tronck, el segundo grado de felicidad debía ser la señorita Cunegunda; el tercero, verla todos los días, y el cuarto, escuchar a su maestro Pangloss, el más grande filósofo de la provincia y, como consecuencia, del mundo entero.

Un día, Cunegunda paseaba cerca del castillo, en el bosque que hacía las veces de parque, cuando vio entre la maleza al doctor Pangloss, dándole una lección de física experimental a la camarera de su madre, que era una morena muy bonita y un tanto dócil. Como la señorita Cunegunda tenía una disposición especialísima hacia todas las ciencias, observó, sin rechistar, las reiteradas experiencias de las que era testigo; fue allí donde vio claramente la razón suficiente del doctor, los efectos y las causas, retirándose agitadísima, pensativa, deseosa de aprender y considerando la posibilidad de ser ella la razón suficiente del joven Cándido y viceversa.

Al encontrarse con Cándido al volver al castillo, se sonrojó violentamente; Cándido enrojeció también; ella le dio los buenos días con voz entrecortada y Cándido le empezó a hablar sin saber a ciencia cierta lo que le decía. Al día siguiente, después de almorzar, se encontraron detrás de un biombo, dejando caer Cunegunda su pañuelo y recogidoselo Cándido. Ella le tomó la mano, el joven besó la suya inocentemente, pero con una vivacidad, una sensibilidad y una gracia particularísimas; sus bocas se encontraron, sus ojos se inflamaron, sus rodillas flaquearon y las manos se les entorpe-

cieron. El señor barón de Thunder-ten-tronck, que pasaba cerca, viendo esta causa y ese efecto, expulsó a Cándido del castillo. Cunegunda se desvaneció y fue socorrida por la señora baronesa, quedando todo el mundo consternado por los acontecimientos en el más bello y agradable de los castillos.

CAPÍTULO II

LO QUE LE SUCEDIÓ A CÁNDIDO ENTRE LOS BÚLGAROS

A RROJADO del paraíso terrestre, Cándido caminó bastante tiempo sin rumbo fijo, llorando, clamando al cielo, volviéndose con frecuencia a mirar el más bello de los castillos que encerraba la más bella de las baronías. Se acostó sin cenar en medio del campo, entre dos surcos; la nieve caía en gruesos copos. Transido de frío, al día siguiente se encaminó hacia la aldea vecina, que se llamaba Vald-berghov-trarbik-dikdov, con los bolsillos vacíos, muerto de hambre y de cansancio. Se detuvo tristemente a las puertas de una taberna. Dos hombres vestidos de azul lo vieron:

—Camarada—dijo uno—: he aquí un joven muy bien formado y que tiene la talla requerida.

Se acercaron a Cándido y le rogaron su compañía para el almuerzo muy cortésmente.

—Señores—les dijo Cándido con una modestia encantadora—: me hacéis un gran honor, pero, a decir verdad, no tengo con qué pagar el gasto.

—Pero, ¡señor!—exclamó uno de los azules—, las personas con vuestra figura y de vuestro mérito no tienen por qué pagar nada jamás: ¿no tenéis vos cinco pies y cinco pulgadas de alto?

—Sí, señores, ésa es mi talla—dijo Cándido haciendo una reverencia.

—Entonces, señor, sentaos a la mesa; no solamente os pagaremos la comida, sino que os daremos también un poco de dinero; los hombres han sido hechos para ayudarse los unos a los otros.

—Tienen ustedes razón—dijo Cándido—; es eso exactamente lo que siempre me dijo Pangloss, y bien puedo ver que, como él decía, todo es perfecto.

Le hicieron aceptar algunos escudos y, al tomarlos, quiso pagar con ellos el almuerzo; no le dejaron y se pusieron a comer:

—¿Amáis tiernamente?...

—¡Oh, sí!—respondió—, amo tiernamente a la señorita Cunegunda.

—No—dijo uno de los caballeros—; os preguntamos si no amáis tiernamente al rey de los búlgaros.

—Nada de eso—dijo Cándido—, jamás lo he visto.

—¡Cómo!, es el más encantador de los reyes y vamos a brindar por él.

—¡Con mucho gusto, señores!—y bebió.

—Es suficiente—le dijeron—; de ahora en adelante seréis el sostén, el apoyo, el defensor, el héroe de los búlgaros; vuestra fortuna está hecha, vuestra gloria asegurada.

Sobre la marcha, le pusieron grillos en los pies y lo condujeron a un regimiento. Le hicieron dar vueltas a la derecha, a la izquierda, sacar la baqueta, meterla otra vez, apuntar, tirar, doblar el paso, dándole a continuación treinta bastonazos; al día siguiente logró hacer el ejercicio mucho mejor y sólo recibió veinte golpes; al tercer día no le dieron más que diez y todos sus camaradas le miraron como un prodigio.

Estupefacto, Cándido no podía ni siquiera adivinar

claramente las razones de su heroicidad. En un hermoso día de primavera salió a pasear, siguiendo un camino recto, creyendo que poder servir de sus piernas libremente era sólo un privilegio de la especie humana y de la animal. No había caminado todavía dos leguas, cuando cuatro héroes de seis pies lo alcanzaron, le ataron y se lo llevaron a un calabozo. Preguntáronle jurídicamente qué deseaba más: ser baqueteado treinta y seis veces por todo el regimiento, o recibir de una sola vez doce balas de plomo en el cerebro. No queriendo ni lo uno ni lo otro, y a pesar de creer en las voluntades libres, debió escoger y se decidió, en virtud del don de Dios que se llama libertad, a pasar treinta y seis veces por las baquetas; soportó dos pases. El regimiento, compuesto de dos mil hombres, propinó al pobre Cándido cuatro mil baquetazos, dejándole, desde el cuello hasta el trasero, todos los músculos y los nervios al descubierto. Viendo que el tercer pase iba a dar comienzo, no pudiendo aguantar más, Cándido pidió, por favor, que tuvieran la bondad de romperle el cráneo. Una vez concedida la gracia, le vendaron los ojos y lo pusieron de rodillas. En ese momento el rey de los búlgaros pasaba por allí; viendo la escena, preguntó la clase de crimen cometido por el reo. Como este rey era muy inteligente, comprendió por todo lo que le informaron acerca de Cándido que el joven era un metafísico ignorante de las cosas de este mundo, concediéndole de inmediato un indulto, clemencia que deberá forzosamente ser alabada en todos los periódicos y durante muchos siglos. Un excelente cirujano curó a Cándido en tres semanas con todos y los mejores emolientes descriptos por Dioscórides. La piel ya comenzaba a crecer y podía caminar, cuando el rey de los búlgaros presentó batalla al rey de los abaros.